

VIAJERAS E INDÍGENAS: APUNTES SOBRE LA IMAGEN DE LA MUJER CANARIA EN LOS TEXTOS DE ALGUNAS DE LAS PRIMERAS VIAJERAS INGLESA

Vanesa Rodríguez Pérez

La literatura de viajes ha sido, y continúa siendo, un tema de gran importancia dentro de la historiografía canaria, como lo demuestra el ingente número de obras que ha suscitado. Contamos con monografías, como las dedicadas a Elizabeth Murray¹ o Marianne North,² pero también con estudios más generales como los referidos a los viajeros ingleses, realizados por José Luis García Pérez³ o Víctor Morales Lezcano,⁴ o con el de Alfredo Herrera Piqué⁵ sobre la importancia del Archipiélago como lugar de estudio para científicos de todo el mundo. Sin embargo, y dada la amplitud del fenómeno, aún existen numerosos puntos en los que cabe ahondar, e incluso algunos otros que podrían considerarse vírgenes, debido a la ausencia de bibliografía.

En este caso, hemos decidido acercarnos a uno de esos aspectos en los que, creemos, sería interesante profundizar. Se trata de analizar las publicaciones que dentro del ámbito de la literatura de viajes, han generado las mujeres viajeras; y, más concretamente, de estudiar la imagen que, de nuestras mujeres, se concretó en dichos textos.

Como señala Nicolás González Lemus,⁶ las mujeres, liberadas de los tradicionales prejuicios a este respecto, comienzan a viajar a partir del último cuarto del siglo XIX. No es que no viajaran con anterioridad a esta fecha puesto que, de hecho, desde 1850, llega las islas Elizabeth Murray y, tan sólo seis años después, lo hacía Jessie Piazzzi Smyth. Sin embargo, los motivos por los que estas inglesas llegan Canarias no son los mismos que moverán a las que lleguen en la década siguiente. Ambas, se desplazan al Archipiélago acompañando a sus maridos, que por motivos de trabajo debían trasladarse a él.⁷ Este continuará siendo el caso de muchas mujeres⁸ y, no obstante, a partir de 1875, el viaje adquiere para otras tantas una nueva dimensión. Ahora serán sus propios intereses los que se conviertan en el motor y verdadera finalidad del periplo. En el citado año, Marianne North viaja a Canarias, aconsejada por Charles Darwin, y sin más compañía que sus lienzos y pinceles. En 1887, era John Harris Stone, en calidad de fotógrafo, quien acompañaba a su esposa Olivia M. Stone a las islas, para la realización de un libro de viajes sobre las mismas. Y, en 1907, con similar propósito, lo hace Margaret D'Este, junto a su amiga R. M. King.

A pesar de que los asuntos que estas mujeres abordaron en sus trabajos no se diferencian en gran medida de los del resto de viajeros, sí existen ciertos matices distintivos, como la mayor atención y profundización en determinadas cuestiones. Como señala Nicolás González Lemus, el tema de la mujer fue uno de los más recurrentes en los textos de todos aquellos que nos visitaron y dejaron constancia de ello:⁹ George Glas,¹⁰ William Robert Wilde¹¹ o Jules Leclercq,¹² son sólo algunos

ejemplos del gran número de viajeros que hablaron de nuestras mujeres y dejaron, en las páginas de sus textos, referencias de gran valor sobre ellas.

No obstante van a ser las viajeras las que realmente profundicen en todo lo referente a la mujer canaria y su entorno, legándonos de este modo, tal y como ha afirmado José Luis García Pérez, “los mejores relatos (...) porque supieron poner sus ojos en todo ese mundo cotidiano, llegando a cada una de las habitaciones donde sus habitantes moraban. Sus curiosos ojos fisgoneaban hasta el último rincón, de modo que aportaron aspectos hasta entonces inéditos sobre interioridades y sentimientos femeninos”.¹³

Su misma condición genérica las unió empáticamente, hizo que el proceso de observación fuera especialmente agudo, a la vez que les permitió un mayor y más fácil acercamiento. Desde la forma de vestirse hasta los trabajos que realizaban, pasando por las costumbres en los diferentes ámbitos de su vida, nada escapó a sus plumas y, por tanto, tampoco a sus lecturas, sesgadas en muchas ocasiones por un cierto paternalismo, relacionado con el, casi siempre ubicuo, sentimiento de superioridad de lo británico.

Las viajeras traen sus hábitos y experiencias desde su lugar de procedencia, algo que evidentemente va a determinar su, digámoslo así, complacencia o desencanto con todo aquello que viven y ven. Su mirada, por tanto, podrá ser más o menos veraz, pero nunca será del todo objetiva. Pero es que, además, dichos hábitos y experiencias, generalmente van a diferenciarse en gran medida, de aquellos que encuentran en el Archipiélago. De esta forma, de entre los numerosos asuntos que van a interesar a estas autoras, es un hecho que sus ojos se posaron, por encima de todos, en aquellos que no les eran familiares. No debemos olvidar que se trataba de un choque de culturas y, que es precisamente gracias a dicha confrontación, que estas obras tienen razón de ser. Interesaba lo similar pero, sobre todo, interesaba la diferencia.¹⁴ Y, a través de la diferencia se dibuja la imagen de nuestras antepasadas.

En este sentido, resulta interesante recordar el concepto de lo pintoresco que, como veremos, se relaciona con el anterior. Se trata de un término que aunque nace en el siglo XVII, adquiere todo su significado y valor a finales del XVIII, en Inglaterra. Algo pintoresco, no sólo es algo que merece la pena ser pintado o fotografiado sino que es, además, algo relacionado con la nueva sensibilidad que propone el romanticismo. Se trataría de un elemento que se aparta de la belleza clásica y que, alejándose de todas las categorías estéticas que ésta representa –lo suave, lo liso, lo llano, etc.–, toma las contrapuestas –lo áspero, lo rugoso, lo irregular, etc.–. De alguna manera, lo pintoresco es lo distinto, lo diferente. Aquello a lo que no se había prestado atención hasta entonces, pero que también merece la pena ser contemplado.

Aclarado este punto, podemos adentrarnos en algunos de los temas que trataron las viajeras que escribieron sobre el Archipiélago. Sin embargo, y como dijimos anteriormente, lo haremos desde el punto de vista de la imagen. La imagen entendida en sentido amplio, y no sólo como representación propiamente dicha. Para ello, nos centraremos básicamente en las detalladas descripciones que estas autoras nos proporcionaron sobre ciertos temas. Y, de entre las muchas viajeras, tomaremos como ejemplo las que nos han parecido más representativas por la amplitud, calidad y difusión de su obra. Así, las autoras y las obras que constituyen la fuente principal de este trabajo son: Elizabeth Murray (*Recuerdos de Gran Canaria y Tenerife*, 1859), Olivia M. Stone

(*Tenerife y sus seis satélites*, 1887), Margaret D'Este (*In the Canaries with a Camera*, 1909) y Florence Du Cane (*The Canary Islands*, 1911).

Nicolás González Lemus ya analizó, en su obra *Viajeros victorianos en Canarias*,¹⁵ algunos aspectos de la situación de la mujer canaria durante el siglo XIX, a través de las voces de varios de los extranjeros que nos visitaron. Sin embargo, no es esto lo que aquí nos interesa. Nosotros intentaremos abordar, no lo que estos extranjeros escribieron sobre las costumbres y estilo de vida de nuestras mujeres, sino la apariencia, la figura, los rasgos y el prototipo que de éstas se llevaron a su país de origen. En este sentido, cuatro van a ser los asuntos más recurridos: la belleza, la mirada oculta tras los postigos, la indumentaria y el transporte de objetos sobre la cabeza.

En cuanto al primero de ellos, el de la belleza, es casi un tópico. Las referencias a esta cualidad de las indígenas canarias, se encuentran en prácticamente todas las obras de estas viajeras. Y, si hacemos caso a los comentarios sobre este asunto, concluiremos que las isleñas eran, en general, hermosas, con esbeltas figuras y atractivos rasgos.

Hablando del paseo de la tarde, acontecimiento al que se refirieron otros viajeros que destacaron también las hermosas jóvenes que allí podían encontrarse,¹⁶ Elizabeth Murray comenta:

La gente duerme en sus casas durante el calor del día, pues en verdad hay poco movimiento en la calle hasta que se siente la fresca brisa de la tarde, y es entonces cuando las señoritas comienzan a salir, arregladas con un ligero retoque, luciendo toda su lozanía y belleza en la Alameda.¹⁷

Ann Brassey, por su parte, lamentándose de no haber podido asistir a un baile en la Orotava declara:

Especialmente, esto fue un gran pesar para nosotros, ya que aquí las señoras creo que son, con razón, famosas por sus atractivos.¹⁸

Este comentario, a su vez, es interesante porque sugiere la proyección de esta afirmación, la de la belleza de las mujeres canarias, de modo que, dicha cualidad femenina, podría llegar a considerarse un aspecto más de todo lo que el viajero quiere ver cuando visita el Archipiélago.

También Olivia M. Stone, alude, en numerosísimas ocasiones a lo largo de su libro, al atractivo de las isleñas. Así, visitando un molino de gofio en la isla de La Palma comenta:

Un par de bonitas muchachas, luciendo la típica gorra azul y roja que, colocada sobre un lado de la cabeza, imparte un aspecto tan garboso, están esperando a que terminen de moler su maíz para llevárselo.¹⁹

Más adelante, en la Isla de Tenerife:

Varias muchachas atractivas, risueñas y descalzas, regresan a casa.²⁰

O, refiriéndose a las mujeres de Gran Canaria:

Las mujeres, en general, son atractivas y llevan faldas rojas, prefiriendo los colores vivos para sus pañuelos de cabeza y envolviéndose los hombros con pañoletas amarillas, verdes y azules.²¹

Florence Du Cane también describe como hermosas a las jóvenes trabajadoras que se encuentra en unas plantaciones, descalzas, cantando y llevando plátanos sobre sus cabezas.²² Y Margaret D'Este se atreve a adivinar la belleza pasada en el rostro de la esposa de su anfitrión en la Isla de La Palma:

La señora había sido una belleza en su día –probablemente ya pasaba de los cuarenta– y no había olvidado como usar sus magníficos ojos (...).²³

Y esta última cita nos interesa porque introduce algo que, generalmente, se añadirá a estos comentarios sobre el atractivo de las isleñas. Se trata de la definición de aquellas características que contribuyen a constituir dicho atractivo. En ese sentido, la mayor parte de las viajeras hacen referencia a la tonalidad de la piel, los ojos o el cabello, que, por ser oscuros, contrastan con los de las mujeres del lugar del que ellas proceden. Así, Elizabeth Murray comenta:

Al atardecer, se puede contemplar a esa dama, porque a esa hora ya está arreglada y dispuesta para ser admirada. Con toda probabilidad es una joven de atractivos rasgos, de tez morena, con vivos ojos, y una hermosa cabellera, donde una ramita de jazmín o de flor de naranjo ha sido prendida.²⁴

También lo hace Olivia M. Stone, describiendo a las mujeres gomeras, sus preferidas:

Además de un paisaje bello, el 'valle hermoso' posee unas mujeres preciosas. Las muchachas son verdaderos cuadros que uno nunca se cansa de mirar. Sus rostros perfectamente ovalados, ojos generalmente oscuros y una rica cabellera oscura, piel fresca y delicada, cabezas pequeñas y altas con cuellos bien formados, con cuerpos bien moldeados, llevados con una prestancia natural, elegante pero sin forzar, casi conforman la perfección de la belleza femenina.²⁵

En cuanto al segundo de los temas, existe un elemento que va a estar presente en múltiples ocasiones cuando las viajeras se refieren a nuestras mujeres. Hablamos del postigo. Las isleñas, y así lo testimonian muchas de estas autoras,²⁶ salían muy poco a la calle. De este modo, ciertos lugares se convertirán en claves en el encuentro de la viajera y la indígena y, uno de ellos, quizá el más importante, lo constituye el postigo. Algunas de las descripciones que antes hemos referido se realizaron después de observar a una joven a través de un postigo, elemento que llamó la atención de las viajeras, dejándonos muchas de ellas, comentarios que certifican su interés por los mismos. Así lo hizo Olivia M. Stone:

Uno de los elementos más característicos de las casas son los 'postigos' (...) Cuando uno pasa a lo largo de lo que aparentemente es una calle silenciosa y desierta, estas trampillas, o 'postigos', se van abriendo lentamente una tras otra hacia afuera y un rostro lleno de curiosidad, a veces atractivo y con cabellos y tez oscuros, se asoma por él.²⁷

Y, más adelante, cuenta como, paseando por Garachico, a pesar de encontrarse, de nuevo, la calle vacía y en silencio, su recorrido era observado desde las ventanas gracias a este curioso elemento:

Como a los habitantes no les han prohibido mirar, los postigos se alzan a izquierda y derecha y varias señoritas atractivas y morenas observan desenfadadamente a los que perturban su siesta de mediodía.²⁸

Un comentario similar lo encontramos en Margaret D'Este, quien explica cómo su llegada a Icod y, concretamente el recorrido hasta el hotel en que iba a hospedarse, fue acompañado del sonoro abrir de los postigos de la calle.²⁹ En la obra de esta inglesa, por otra parte, casi un tercio de las ilustraciones está protagonizado por mujeres, pero quizá la más interesante de todas las fotografías sea aquella en la que R. M. King representa uno de estos postigos, entreabierto, con una señora cuya mirada se pierde en la calle.

El referido al atuendo fue otro de los temas predilectos. Con los datos que estas autoras aportan sobre la indumentaria de la mujer, podría reconstruirse con relativa facilidad y corrección, el modo de vestir, con sus diferentes complementos, de nuestras antepasadas. Las menciones al atuendo son tan frecuentes que, básicamente todos los comentarios sobre mujeres en estas obras, van acompañadas de una breve descripción sobre el ropaje de las mismas.

Elizabeth Murray, en una ocasión comenta:

Señoras completamente vestidas de negro, con la atractiva 'mantilla' y abanico, se deslizan por el lado sombreado de la calle.³⁰

Y, observando a los ciudadanos asistir a un importante oficio religioso, se encuentra con:

hombres, mujeres y niños que se apiñan a millares, todos con sus vistosos trajes de fiesta –la mujer lleva un sombrero de paja (no una toca, sino el mismo tipo que usan los hombres) atado con unos anchos y vistosos lazos. En ocasiones llevan sus cabezas cubiertas con unos pañuelos de un rojo o amarillo bien chillón (...).³¹

Normalmente, en sus textos especificaban los cambios que podían apreciarse en el atuendo femenino, cuando se trasladaban de una isla a otra e, incluso, de una parte a otra de la misma isla. De este modo, en Olivia Stone, nos encontramos con comentarios de este tipo:

Las mujeres y muchachas de esta zona [La Matanza] sienten predilección por el amarillo para sus trajes y lo lucen en los pañuelos que llevan atados a sus cabezas.³²

Al acercarnos al Sauzal (...) el vestido de las mujeres cambia, ya que ahora lucen chaquetillas estampadas.³³

[En Valverde] las mujeres lucen faldellines rojos sobre faldas estampadas, curiosamente recogidas.³⁴

De entre todas las prendas del atuendo habitual de las isleñas, el que más gustó a estas inglesas fue la mantilla. En general, consideraban como Leclercq,³⁵ que este complemento realzaba la belleza de las canarias, y así lo reconocieron en varias ocasiones. Por ejemplo, Olivia M. Stone, en Firgas, escribe:

Hoy ambos sexos lucen sus mejores galas. Todas las mujeres, sin excepción, lucen la atractiva mantilla blanca.³⁶

Y, en otra ocasión, después de describirla, se queja de la posible desaparición de la mantilla blanca:

Algunas mujeres lucían mantillas blancas de franela pero la mayoría iba de negro. Algunas de las mantillas blancas habían sido dobladas, formando caperuzas, forradas de satén blanco, es decir, parte de la cubierta de la cabeza había sido reforzada con un cartón dándole forma de caperuza (...) Esta moda está desapareciendo y la triste mantilla negra la está reemplazando.³⁷

Otro elemento referente a la indumentaria femenina que llamó la atención de las viajeras, aunque esta vez despertando un sentimiento adverso, fue determinado sombrero típico de la isla de La Palma. Florence Du Cane fue muy clara a este respecto al afirmar:

Las gorras de mujer no tienen alas (solapas) y son muy feos.³⁸

Olivia M. Stone, se burla en varias ocasiones tanto de su tamaño como de su falta de funcionalidad:

Hay varias mujeres por allí y todas llevan sombreros de paja redondos, absurdamente pequeños, en la cabeza y sobre el pañuelo, una moda posterior y muy poco atractiva que se estila cerca de la capital.³⁹

Y, más adelante:

El vestido de las mujeres de la ciudad y sus alrededores es poco atractivo. Sobre el habitual pañuelo con que se cubren la cabeza (...) se colocan un pequeño sombrero redondo de paja de aspecto marinero, tan pequeño que no sirve para dar sombra, y que parece ridículo y no hace juego con el resto del vestido.⁴⁰

Como señala Carmelo Vega, para llevarse algo más que una descripción de la indumentaria femenina típica de las islas, las inglesas se enfrentaron a un grave problema.⁴¹ Aún no estaban familiarizadas con su funcionamiento y tampoco con su significado por lo que, para nuestras mujeres, la fotografía era un acontecimiento especial. Tal consideración les exigía sus mejores vestidos y no el atuendo que realmente interesaba a las viajeras. Margaret D'Este relata las dificultades que tuvo su amiga, la fotógrafa R. M. King para poder obtener alguna foto del traje típico:⁴²

Nos encontramos con una mujer (...) ataviada con todo el traje típico. [Quisimos fotografiarla], pero se retiró dentro de su casa, que estaba cerca y no pudimos convencerla para que saliese.⁴³

Por último, otra de las imágenes que estas viajeras recrearon con relación a las isleñas, fue la de éstas transportando todo tipo de objetos sobre sus cabezas. Se trata, quizá, de una de las postales más pintorescas de todas las que se llevan. También son múltiples las ocasiones en que se habla de este tema. Era muy común verlas por las calles de las ciudades, y por los caminos en los pueblos, cargando con vasijas de agua, con cestas de fruta o con cualquier otra cosa. Las autoras se sorprenden del peso que nuestras mujeres pueden soportar sobre sus cabezas:

Nos llamaban la atención las mujeres con que nos cruzábamos por la cantidad, tanto de peso como de volumen, que llevaban sobre sus cabezas. En una ocasión posterior en nuestro viaje, vimos a una mujer, en un día bastante ventoso, con un sombrero grande, ¡ponerse tranquilamente una enorme piedra sobre la parte alta de la cabeza para que no se le volase el sombrero, sin que el peso innecesario le causara aparentemente ningún problema o inconveniente ya que sonreía al caminar!⁴⁴

Igualmente se asombran de lo insólitos que son, en ocasiones, los objetos que transportan:

Es increíble las cosas tan curiosas que llevan las mujeres en la cabeza. Nos cruzamos con una que llevaba un hacha por el mango, balanceando la cuchilla sobre su cabeza.⁴⁵

Este hecho sorprendía y gustaba mucho a estas viajeras de modo que, en algunos casos, decidieron llevarse algo más que las puras descripciones. R. M. King fotografía a una mujer junto a dos pequeños, que sostiene sobre su cabeza un enorme cesto que casi representa la mitad de la altura de dicha mujer.⁴⁶ Ella Du Cane también ilustra este peculiar modo de transportar cargas en dos de sus acuarelas, una de una calle en el Puerto de la Orotava y otra en la que representa el trabajo con el plátano.⁴⁷

Y Olivia M. Stone, por otra parte, volverá a hacer referencia a la dificultad para fotografiar tales cosas cuando en Guía, en casa de un alcalde, ve como se esfuma su deseo de obtener una imagen fresca y representativa de la vida cotidiana. No obstante,

Tras mucho insistir, logramos que la sirvienta del alcalde posara con un barril de agua en la cabeza; creía que nos estábamos riendo de ella, mientras que nosotros la veíamos como lo único que daba algún valor al grupo.⁴⁸

Es un hecho, que podrían encontrarse otras imágenes interesantes de las isleñas de la época, pero quizá sean las que hemos analizado las más interesantes desde el punto de vista del concepto de la diferencia que, como señalamos, se constituye como el motor fundamental del encuentro y relación entre viajeras e indígenas.

Finalmente, y a modo de conclusión y justificación de este trabajo, hemos de señalar la importancia de todo este tipo de descripciones a que nos hemos referido, dada su capacidad de recrear y llevar hasta los hogares de los lectores, verdaderas imágenes de lugares y situaciones lejanos que, seguramente, nunca llegarían a visitar *in situ*. De este modo, y en este caso concreto, muchos individuos pudieron hacerse una idea más o menos aproximada de nuestras mujeres, conformándose una imagen de las mismas, a pesar de no haberlas visto nunca. En este estudio no he entrado a valorar la fiabilidad de

estas fuentes, puesto que de lo único que he tratado es de llamar la atención sobre la importancia de estas mujeres en la fabricación de un modelo de imagen femenina canaria, tal y como se llegó a crear, por ejemplo, un modelo de imagen de paisaje.

NOTAS

- ¹ GARCÍA PÉREZ, José Luis: *Elizabeth Murray. Un nombre en el siglo XIX*. Santa Cruz de Tenerife, Aula de Cultura de Tenerife, 1982.
- ² GARCÍA PÉREZ, José Luis: *Marianne North. Tenerife en un Rincón londinense*. Santa Cruz de Tenerife: Servicio de Publicaciones de la Caja General de Ahorros de Canarias, Cabildo Insular de Tenerife, 1994, o GONZÁLEZ LEMUS, Nicolás: *Marianne North y su viaje a Canarias*. Puerto de la Cruz, Sitio Litre, 2000.
- ³ GARCÍA PÉREZ, José Luis: *Viajeros ingleses en las Islas Canarias durante el siglo XIX*. Santa Cruz de Tenerife, Caja General de Ahorros, 1988.
- ⁴ MORALES LEZCANO, Víctor: *Los ingleses en Canarias (libro de viajes e historias de vida)*. Las Palmas de Gran Canaria, Edirca, 1986.
- ⁵ HERRERA PIQUÉ, Alfredo: *Las Islas Canarias, escala científica en el Atlántico: viajeros y naturalistas en el siglo XVIII*. Madrid, Rueda, Gran Canaria, Cabildo Insular [etc], 1987.
- ⁶ GONZÁLEZ LEMUS, Nicolás: *Viajeros victorianos en Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1998.
- ⁷ El marido de Elizabeth Murray, Henry John Murray es nombrado, en 1850, cónsul británico en las islas por lo que ambos se establecen en Santa Cruz de Tenerife desde esa fecha. Jessie Piazzzi Smyth, de igual manera, viene a Tenerife porque su esposo debe realizar en la isla ciertos experimentos científicos.
- ⁸ Isabelle Burton, Anne Brassey o Frances Latimer.
- ⁹ GONZÁLEZ LEMUS, Nicolás: *Viajeros victorianos en Canarias*. Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo Insular de Gran Canaria, 1998, p.108.
- ¹⁰ GLAS, George: [Trad. Cast.] *Descripción de las Islas Canarias 1764 (incluida la historia moderna de sus habitantes y una relación de sus usos y costumbres)*. La Laguna, Instituto de Estudios Canarios, 1976.
- ¹¹ WILDE, William R.: [Trad. Cast.] “Narración de un viaje a Tenerife (Capítulo IV)”, en WILDE, William R.: *Narración de un viaje a Tenerife (Capítulo IV) y otros*. La Orotava, Jose A. Delgado Luis, 1994.
- ¹² LECLERCQ, Jules: [Trad. Cast.] *Viaje a las Islas Afortunadas. Cartas desde las Canarias en 1879*. Madrid, Viceconsejería de Cultura y Deportes, 1990.
- ¹³ GARCÍA Pérez, Jose Luis: *Op. cit.*, 1994, p. 21.
- ¹⁴ Algunas veces, incluso, hacen hincapié en dichas diferencias como Olivia Stone cuando, refiriéndose al tiempo en Santa Cruz dice: “Me levanté sobre las 7 p.m. y el termómetro marcaba 76° F (24,5 ° C) a la sombra. Parece que no apetece dormir hasta tarde cuando todos, y especialmente el sol, está tan despierto. En nuestro clima del norte sí hay alguna excusa para la

pereza cuando, al subir las persianas, encontramos cielos grises, calles sucias y la lluvia cayendo a torrentes. Aquí eso pasa tan pocas veces que, cuando ocurre, la gente se levanta a verlo. La lluvia es lo inusual para ellos, el sol es para nosotros”, en Olivia M. Stone: [Trad. Cast.] *Tenerife y sus seis satélites*. Tomo I. Las Palmas de Gran Canaria, Ed. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995, p. 28. En otra ocasión quejándose de la reclusión que sufren las jóvenes de clase media en las islas, compara la situación con su contrapuesta, que es la que existe en países como el suyo propio: “Piensen en Inglaterra, por ejemplo, o mejor aún, en Irlanda, cuyas mujeres son famosas, e incluso acusadas a veces, por la libertad de sus costumbres y de su forma de actuar y, no obstante, el pueblo irlandés, el verdadero pueblo celta, es uno de los más virtuosos de toda la tierra –por no decir el más–, un hecho demostrado por las estadísticas” (*Ídem*, p. 455)

- ¹⁵ GONZÁLEZ LEMUS, Nicolás: *Op. cit.*, 1998.
- ¹⁶ Jules Leclercq en su obra *Viaje a las Islas Afortunadas* reconoce: “Pero aún más encantador que el paseo son las paseantes que vienen a lucirse aquí cada tarde; costumbre, por no decir pasión, que se encuentra en todos los rincones de España. ¡Qué prestancia, qué cimbreantes talles, qué espléndidas cabelleras criollas! Bajo este bendito cielo se pasean escotadas, con los brazos desnudos como en traje de baile. En su coqueta manera de llevar la mantilla sobre la peineta de carey y, sobre todo, en el complicado arte del manejo del abanico, hay todo un arsenal de seducciones capaces de fundir las nieves del Pico de Tenerife (...)” (LECLERCQ, Jules: *Op. cit.*, 1998, pp. 56-57)
- ¹⁷ MURRAY, Elizabeth: [Trad. Cast.] *Recuerdos de Gran Canaria y Tenerife*. Santa Cruz de Tenerife, Pedro Duque Canarias, 1988, p. 21.
- ¹⁸ BRASSEY, Ann: [Trad. Cast.] “Un viaje en el Sunbeam”, pp. 60-61, en William R. Wilde: *Narración de un viaje a Tenerife (Capítulo IV)* y otros. La Orotava, Jose A. Delgado Luis, 1994.
- ¹⁹ STONE, Olivia M.: *Tenerife y sus seis satélites*. Vol. 1. Las Palmas de Gran Canaria: Ed. del Cabildo Insular de Gran Canaria, 1995, p. 372.
- ²⁰ *Ídem*, p. 481.
- ²¹ STONE, Olivia M.: *Op. cit.*, 1995, vol. 2, p. 96.
- ²² DU CANE, Florence: *The Canary Islands*. London, A. & C. BLACK LTD, 1911, p. 58.
- ²³ D’ESTE, Margaret: *In the Canaries with a camera*. Londres, Methuen and Co., 1909, p. 160.
- ²⁴ MURRAY, Elizabeth: *Op. cit.*, 1988, p. 21.
- ²⁵ STONE, Olivia M.: *Op. cit.*, 1995, vol. 2, p.310.
- ²⁶ *Ídem*, pp. 453-455 y D’Este, Margaret: *Op. cit.*, 1909, p.79.
- ²⁷ *Ídem*, vol. 1, p. 38.
- ²⁸ *Ibidem*, p. 113.

- ²⁹ D'Este, Margaret: *Op. Cit.*, 1909, p. 68.
- ³⁰ STONE, Olivia M.: *Op. cit.*, vol. I, p. 29.
- ³¹ MURRAY, Elizabeth: *Op. cit.*, 1988, p. 166.
- ³² STONE, Olivia M.: *Op. cit.*, vol. I, 1995, p. 67.
- ³³ *Ídem*: p. 68.
- ³⁴ *Ibidem*: p. 272.
- ³⁵ LECLERCQ, Jules: *Op. Cit.*, 1990, pp. 56-57.
- ³⁶ STONE, Olivia M.: *Op. cit.*, vol. II, 1995, p. 247.
- ³⁷ *Ídem*, vol. I, pp. 57.
- ³⁸ DU CANE, Florence: *Op. cit.*, 1911, p. 145.
- ³⁹ STONE, Olivia M.: *Op. cit.*, 1995, vol I, p. 341.
- ⁴⁰ *Ídem*, vol I, p. 386.
- ⁴¹ VEGA DE LA ROSA, Carmelo: *La Isla Mirada. Tenerife y la Fotografía (1839-1939)*. Tomo II. Santa Cruz de Tenerife: Centro de Fotografía 'Isla de Tenerife', 1995.
- ⁴² D'ESTE, Margaret: *Op. cit.*, 1909, pp. 167-168.
- ⁴³ STONE, Olivia M.: *Op. cit.*, 1995, vol. I, p. 380.
- ⁴⁴ *Ídem*, vol. I, p. 48.
- ⁴⁵ *Ibidem*, vol. II, p. 104.
- ⁴⁶ D'ESTE, Margaret: *Op. cit.*, 1909.
- ⁴⁷ DU CANE, Florence: *Op. cit.*, 1911.
- ⁴⁸ STONE, Olivia M.: *Op. cit.*, vol. I, p. 205.